

Tres ceremonias

Nicolás Campos Farfán



Tres ceremonias

Nicolás Campos Farfán

© Nicolás Campos Farfán, 2022

© Komorebi Ediciones, 2022

Colección Surco de fuego (narrativa)

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-956-6102-05-2

Imagen y diseño de cubierta: Maite Naranjo

Diagramación: Pedro Tapia León

Komorebi Ediciones Ltda.

Los Laureles 075, piso 2

Valdivia, Chile

www.komorebiediciones.cl

Impreso en Chile por Salesianos Impresores

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile y en el exterior sin autorización previa de la editorial.



PROYECTO FINANCIADO POR EL
FONDO NACIONAL DE FOMENTO
DEL LIBRO Y LA LECTURA,
CONVOCATORIA 2020.

Tres ceremonias

a Nori Farfán Chacón

Lo que uno ama lo ama religiosamente.

González Vera

No conocemos las reglas.
Obedecemos leyes que nos sobrepasan.

Jacques Rivette

Si considera tener hijos, le preguntan a Chío y esa posibilidad le parece tan lejana que ni se molesta en imaginarla. Contesta que no y de inmediato experimenta la inusitada certeza de que así será. Un frío parecido a un susurro le recorre la espalda.

¿Por qué no quiere un hijo?, insiste el tío Raúl, agudizándole en un tono más su jaqueca. Tal vez lo pregunta aburrido por tanto viaje, por manejar el auto tantas horas. O piensa en sus hijas, vistas recién en una de las escasas visitas que permite la mamá de ellas. Al preguntarlo muestra esa molestia de quien, por sufrir un mal, desea al resto que también lo padezca, como una ley natural.

Chío medita su respuesta. Sin embargo, justo pasan por el tramo de la carretera donde, en el viaje de ida, ella y su mamá tuvieron un accidente en un bus.

Acá fue, indica su mamá, antes concentrada en el paisaje nocturno. Acá se reventó el neumático. Hubo como una explosión. Y cuando sonó la llanta, lo primero que hice fue abrazar a mi hija, ¿cierto?

Chío, extrañada, tuvo que asentir.

Creí que íbamos a chocar, siguió la mamá. Y la micro patinó, sonaron chirridos de metales raspando el pavimento, y paramos al borde de la carretera. Lo demás ya te lo conté cuando tomamos once en la casa de... Da lo mismo. Pasamos dos horas en pana, mirando a lo lejos ese puente de allá, ¿se ve?

Dejaron atrás Chillán y avanzan hacia Parral. Viajan desde Talcahuano hacia Santiago. Están cansados, pero los tranquiliza ir de vuelta: es más reposado, ya no es el viaje original, el que depara sorpresas. Así el camino a veces se repliega, deja que uno se ausente.

Vuelven a lo suyo: su tío a manejar, su mamá al paisaje y Chío a la interrogante de su tío, cuya resonancia se prolonga. Quizá debido

a su jaqueca, Chío piensa en que sabe cómo será una persona no muy feliz, sino más bien retraída, y cómo, en su condición de mujer sin hijos, se quedará encerrada en sí misma. No le parece dramático: le parece digno, acorde a su personalidad. Sin hijos se libraría de obligaciones, de metamorfosis no necesariamente buenas. Pero la imagen se disipa. Chío se deja envolver por la atmósfera de la carretera nocturna, y por el Sur, que le resulta aun más evocador. Le gusta saberse rodeada de árboles, de humedad, de esa cordillera que no divisa, pero siente cerca. Le agrada la sinuosidad de las curvas, y tener pocos autos a la vista; que en su lugar pasen camiones y buses llenos de gente dormitando, con los vidrios húmedos. Todo eso le infunde un sentimiento de acogida, de reconciliación con su pequeñez y con ese paisaje que desearía apreciar mejor.

Ahora sólo falta una lluvia, piensa, que oscurezca el asfalto y limpie todo. En su asiento de copiloto, se esfuerza en observarse como si no fuera ella, como si se tratara sólo de sus ropas dispuestas para simular su presencia. Una presencia apenas capaz de remover el aire, un espacio.

Su reloj de pulsera marca las 2:14 a.m. Su tío parece ensimismado ante el camino. Su mamá desgaja unas mandarinas. Le ofrece una y ella la recibe. Aunque está amarga, la come igual. Evita mostrar una mueca de desagrado.

~

Hacia las 3 a.m., Chío enciende la luz interior del auto. Trata de hojear una revista, con la cabeza apoyada sobre la ventana. La interrumpe un ruido de motor a toda velocidad.

Un motociclista los adelanta, perdiéndose en la siguiente curva. Chío apenas distingue una estela de luz roja. Y palidece. Levanta una mano y forma una visera para intentar distinguir aquella moto.

Confía en topárselo más adelante. Pero hay demasiadas curvas y tan solo ve árboles, casas, animales, oscuridad y más árboles.

Le consulta a su tío si se trataba de una moto. Él asiente, sin mirarla.

¿Y cómo era?

No sé. Blanca, creo. Pasó muy rápido, no lo vi bien. Así se va a matar.

¿Y tenía casco?

Supongo que sí. Un casco negro, creo.

¿No podía ser azul marino?

Chío, ¿cómo voy a saber eso? A lo mejor sí.

Inquieta, se lleva una mano al mentón y gira la cabeza para fijarse en el camino. Más árboles y casas en fuga.

¿Iba solo?

Mmm, no sé. Oye, ¿pasa algo? ¿La viste hace poco?

Chío mantiene su vista hacia atrás. Una camioneta roja aparece a la saga del Datsun de su tío, y los adelanta.

No, no pasa nada, ¿enciendo la radio?

Enciéndela, pero bajita. Tu mamá puede despertarse.

Chío baja la ventanilla y respira una bocanada de frío. Piensa que presenciara esa escena mil veces hasta Santiago: otros conductores anticipándolos. Además de torpe para conducir, su tío es algo miope, así que prefiere manejar lento. Ya asumido esto, poco a poco su jaqueca se hace aún más fuerte. Siente el interior de su cabeza como una textura rugosa, más amplia de lo que es, adolorida en todos sus pliegues. Cualquier movimiento le duele. Con las yemas de los dedos toca sus sienes dibujando círculos. Y resulta peor: jamás sintió punzadas así.

Sus jaquecas comenzaron en Talcahuano, donde viajó para participar en un torneo de taekwondo. Nunca las había sufrido, y por alguna razón decidió que esos dolores fueran un secreto. Ni su mamá supo de ellos.

Intenta sintonizar una radio de su gusto. En el dial sólo encuentra emisoras locales, ranchera y evangélicas. Entre los cassettes de Raúl encuentra uno de Duran Duran. ¿Qué hace en la guantera, si a él jamás le gustó esa música? Inserta el cassette y espera una reacción o comentario de Raúl. Sin embargo, él se mantiene impassible. Piensa en preguntárselo y se arrepiente. Su mamá está acomodada a lo largo del asiento trasero. Inclineda sobre una bolsa con ropas, duerme con la boca abierta y la mano derecha aplastada por el peso de su cabeza.

~

Oye, tengo hambre y ya me aburrí, se quejó Chío, acodada sobre su asiento y volteada hacia atrás.

Carlos bajó el volumen de su walkman para oírla.

Falta poco, creo.

Ojalá faltara poco. Pero no, faltan dos horas. Se lo escuché a la tía de la Mariela. ¿Me siento contigo?

Bueno. Oye, ¿y tu mamá?

Se quedó dormida. ¿Qué música pusiste? ¿Puedo?

Eeeeh, lo de siempre: heavy metal.

Chío se acomodó a su lado y se puso uno de los audífonos. Hizo un gesto afirmativo: la música le agradaba. Preguntó por el nombre de la banda. Carlos le alcanzó la caja del cassette.

¿Son suecos?, dijo Chío, ¿noruegos?

Finlandeses.

Transcurrió una serie de canciones extensas, pomposas, con introducción de orquesta sinfónica, con coros y solos. Afuera, el campo lucía húmedo, lleno del sosiego que sigue tras las lluvias. Pasaron por un sembradío de zapallos. El sol despuntaba débil, amarilleando las copas de algunos álamos.

Dentro del bus el panorama era igualmente lánguido. Los pasajeros eran dieciocho hombres y cinco mujeres: la delegación del

gimnasio Eyzaguirre de Puente Alto rumbo al torneo en Talcahuano. Respiraban una mezcla de ansias y tedio.

A la máquina le faltaban varios asientos. Éstos, que fueron arrancados, dejaban espacio para moverse, tanto que incluso Manuel, compañero de la academia de Chío, lo aprovechaba para ejercitarse. Realizaba *formas*: breves secuencias estilizadas de patadas, saltos y golpes. También quebraba tablas.

Míralo, comentó Carlos, tiene que aprovechar para hacerse el payaso.

Sí, sobre todo porque no está el Jorge, dijo Chío. Eh... ¿y supiste algo de él? ¿Va a venir?

Iba a venir solo, en la moto.

¿Y se vendrá solo o vendrá con...?

No sé, ya me tiene aburrido ese hueón.

Chío, una canción después, prefirió cambiar de tema:

¿No te pone nervioso tener que pelear?

Ya me acostumbré. ¿Y tú?

Un poco. O sea, siempre peleo con ustedes. Pero en público es distinto. Igual se me va a quitar, supongo. Es que quiero llegar luego. ¿Por qué no escuchamos otro cassette?

Carlos sacó uno de su mochila. Lo rebobinó con una lapicera. Lo puso, no sin antes enseñarle la carátula a Chío.

Chío percibió un aire distinto en Carlos. Sus ojos enrojecidos miraban a un punto lejano. Parecía sorprendido, como si eso en que se enfocaba le hiriera la vista, y a su vez su gesto tenía algo infranqueable.

Tras pasear su mirada por un puñado de casas desperdigadas en un prado, Chío supo qué era. Apareció, recortado contra el cielo, un imponente murallón de argamasa y piedras, de cuarenta y tantos metros de altura. Estaba situado no paralelo a la carretera, sino en diagonal, como cerrándole el paso. En lo alto tenía un par de torres de vigilancia y le crecían plantas y arbustos, además de musgos que lo teñían de verde.